

Cristo (1). Esto quiere nuestro Padre que imitemos nosotros, y nos lo encarga con palabras de grande encarecimiento y ponderacion. Los que entraren y viven en la Compañia han, dice (2), de advertir y ponderar delante de nuestro Criador y Señor, en cuánto grado ayuda y aprovecha á la vida espiritual aborrecer en todo, y no en parte, cuánto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles quanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado; y como los mundanos, que siguen el mundo, aman y buscan con tanta diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; asi los que van en espíritu y siguen de veras á Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario; es á saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su divino amor y reverencia; tanto, que donde á su Divina Magestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado á pecado, desean pasar injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasion alguna de ello, por desear parecer é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo. En esta regla está cifrado todo lo que podemos decir de la humildad. Esto es haber dejado y aborrecido de veras el mundo y lo mas fino de él, que es el apetito y deseo de ser tenidos y estimados; esto es, estar muertos al mundo y ser de veras religiosos; que como los del mundo desean honra y estimacion, y se huelgan con ella, asi nosotros deseamos deshonoras y menosprecios, y nos holguemos con ellos. Esto es ser de la Compañia de Jesus y compañeros de Jesus; que le hagamos compañía, no solo en el nombre,

(1) Nunc incipio Christi esse discipulus.
 (2) Cap. 4 examinis, § 44; et Regul. 11 Summarii.

sino en sus deshonoras y menosprecios, y nos vistamos de sulibrea, siendo afrentados y despreciados del mundo con él y por él, y alegrándonos y regocijándonos en esto por su amor. Vos, Señor, fuistes pregonado públicamente por malo y puesto entre dos ladrones como malhechor; no permitais que yo sea pregonado por bueno, que no es razon que el sieryo sea tenido en mas que el Señor, ni el discípulo en mas que su Maestro (1). Pues á vos, Señor, os persiguieron y menospreciaron, persiganme á mí, desprécienme, afréntenme, para que asi os imite á vos y parezca discípulo y compañero vuestro. Decia el P. San Francisco Javier (2) que tenia él por cosa indigna que un hombre cristiano, que ha de traer siempre en la memoria las afrentas que hicieron á Cristo nuestro Señor, guste de que los hombres le honren y veneren.

CAPITULO XVI.

Que la perfeccion de la humildad y de las demás virtudes está en hacer sus actos con deleite y gusto, y cuánto importa esto para perseverar en la virtud.

Doctrina es comun de los filósofos que la perfeccion de la virtud consiste en hacer los actos de ella con deleite y gusto; porque tratando de las señales por donde se conoce si uno ha alcanzado el hábito de la virtud, dicen que son cuando obra las obras de aquella virtud «con prontitud, facilidad y deleite:» *prompte, faciliter, et delectabiliter*: el que tiene adquirido hábito de algun arte ó ciencia, obra con grandisima prontitud y facilidad las obras de ella. Y asi vemos que el que es músico, como tiene ya adquirido el hábito de la música, tañe con grandisima facilidad y prontitud, y no ha menester prevenirse, ni estar pensando en eso, que aun

(1) Matth. X, 24.
 (2) Lib. 2, cap. 3 *vitas P. S. Francisci Xavier.*

pensando en otra cosa, tañe muy bien. Pues de la misma manera obra los actos de la virtud el que tiene adquirido hábito de ella. Y asi, si quereis ver si habeis adquirido la virtud de la humildad, mirad lo primero si obrais las obras de ella con prontitud y facilidad; porque si sentís repugnancia y dificultad en las ocasiones que se os ofrecen, es señal que no habeis alcanzado perfectamente la virtud. Y si para llevarlas bien habeis menester prevenciones y consideraciones, buen camino es este para alcanzar la perfeccion de esa virtud, pero al fin es señal que aun no la habeis alcanzado: como el que para tañer ha menester ir pensando dónde ha de poner este dedo, dónde estotro, y acordándose de las reglas que le han dado, bien va para aprender á tañer, pero es señal que aun no ha adquirido el hábito de la música, porque ese no ha menester acordarse de nada de eso para tañer bien. Y asi dijo allá Aristóteles: «El que tiene ya adquirido perfectamente el hábito de algun arte, éle tan fácil el obrar los actos de ella que no ha menester ponerse á pensar, ni á deliberar, cómo los ha de hacer, para hacerlos bien (1).» Y asi vienen á decir los filósofos, que de los actos repentinos é indeliberados se conoce la virtud de uno (2). No se conoce la virtud en las cosas que uno hace muy de pensado, sino en los actos que hace descuidadamente.

Y aun mas que esto dicen los filósofos. Plutarco (3), tratando cómo se conocerá cuándo uno ha alcanzado la virtud, pone doce señales, y una de ellas, que nos la dejó, dice, escrita aquel gran filósofo llamado Zenon, es por los sueños; si aun en sueños, cuando estais durmiendo, no os vienen mo-

vimientos malos, ni imaginaciones torpes y deshonestas, ó cuando os vienen, no tomáis gusto ni contentamiento ninguno en ellas, sino antes pena y estais resistiendo á la tentacion y á la delectacion entre sueños, como si estuviéades despierto, esa es señal de estar la virtud muy arraigada en vuestra alma, y que no solamente la voluntad está sujeta á la razon, sino tambien la sensualidad é imaginacion. Asi como cuando los caballos que llevan un coche están bien domados y amaestrados en aquello, aunque el cochero, que los rige, afloje las riendas y se vaya durmiendo, ellos se van su camino derecho sin errar; asi, dice este filósofo, los que han alcanzado perfectamente la virtud, y han ya domado y sujetado del todo los afectos y apetitos brutales, aun durmiendo, van su camino derecho. San Agustin nos enseña tambien esta doctrina; pues dice que algunos siervos de Dios tienen tanto amor y aficion á la virtud y á la guarda de los Mandamientos de Dios y tanto aborrecimiento al vicio, y están tan hechos y acostumbrados á resistir en vela á las tentaciones, que aun en sueños tambien las resisten (1). Del P. S. Francisco Javier leemos en su vida (2), que una tentacion ó ilusion que tuvo durmiendo, hizo tanta fuerza para resistirla, que con la fuerza echó tres ó cuatro bocanadas de sangre. De esta manera declaran algunos aquello de San Pablo: «Ora velemos, ora durmamos, siempre vivamos con él (3);» que quiere decir, no solo que viviendo y muriendo siempre vivamos con Cristo, que es la comun esposicion; sino que los fervorosos siervos de Dios siempre han de vivir con Cristo, no

(1) Domine, memores mandatorum tuorum etiam in somnis resistimus. Aug. lib. 12 sup. Genes. ad litteram, cap. 15.
 (2) Lib. 6, cap. 6 de la Vida del P. S. Francisco Javier.
 (3) Sive vigilemus, sive dormiamus, simul cum illo vivamus. I. ad Thesalon. V, 10.

solamente velando, sino tambien durmiendo y soñando.

Pasan mas adelante los filósofos, y dicen: la tercera condicion ó señal en que se conoce cuándo uno ha adquirido y alcanzado perfectamente la virtud, es cuando obra las obras de aquella virtud, *delectabiliter*, es decir, con deleite y con gusto. Esta es la principal señal y en lo que consiste la perfeccion de la virtud. Pues si quereis ver si habeis alcanzado la perfeccion de la virtud de la humildad, examinaos por la regla que pusimos en el capitulo pasado; mirad si os holgais tanto con la afrenta y deshonra, como se huelgan los mundanos con la honra y estimacion.

Fuera de ser esto menester para llegar á la perfeccion de cualquier virtud, hay en ello otra cosa de mucha sustancia, que es ser muy importante para durar y perseverar en ella; porque mientras no llegáremos á hacer las obras virtuosas con gusto y alegría, será cosa muy dificultosa el perseverar en la virtud. San Doroteo dice que esta era doctrina comun de aquellos Padres antiguos: «Solian decir aquellos Padres antiguos, y tenian esta por una verdad muy averiguada y cierta, que lo que no se hace con gozo y alegría, no puede durar mucho tiempo (1).» Bien podrá ser que por alguna temporada guardéis el silencio y andéis con modestia y recogimiento; pero hasta que eso salga de lo interior del corazon y con la buena costumbre se os haga como connatural, y asi lo vengais á hacer con suavidad y gusto, no perseverareis mucho en ello, porque será como cosa positiva y violenta, y nada de violento es perpetuo (2). Por esto importa mucho ejerci-

(1) Solebant Patres, et majores nostri firmiter asserere, quidquid animus alacriter non admittit, diuturnum esse non posse. Dorot. serm. 10.

(2) Et nullum violentum perpetuum.

tarnos en los actos de las virtudes, hasta que la virtud se nos vaya embebiendo y arraigando en el corazon de tal manera que parezca que ella se cae de suyo y que aquel es nuestro natural, y asi vengamos á obrar las obras de la virtud con gusto y alegría, porque de esa manera podremos tener alguna seguridad de que duremos y perseveremos en ella. Esto es lo que dice el Profeta: «Bienaventurado el varon, que todo su contento y todo su gozo y regocijo es en la ley del Señor, y esos son sus deleites y entretenimientos, porque ese dará frutos de buenas obras, como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas (1).»

CAPITULO XVII.

Declarase mas la perfeccion á que habemos de procurar subir en este segundo grado de humildad.

San Juan Climaco añade otro punto á lo dicho, y dice (2) que asi como los soberbios aman tanto la honra y estimacion que, para ser mas honrados y estimados de los hombres, muchas veces fingen y dan á entender lo que no tienen, como mas nobleza ó mas riqueza, ó mas habilidades y partes de las que tienen; asi es altísima humildad que llegue uno á tener tanto deseo de ser despreciado y tenido en poco, que para alcanzar esto procure en casos fingir y dar á entender algunas faltas que no tenga, para que asi sea tenido en menos. Tenemos, dice, de esto ejemplo en aquel Padre Simeon, que oyendo que el Adelantado de la provincia le venia á visitar como á varon famoso y santo, tomó en las manos un pedazo de pan y queso, y asentado á la puerta de su celda, comenzó á comer de aquello á ma-

(1) Sed in lege Domini voluntas ejus. Dice otra letra: Sed in lege Domini voluptas ejus. Psalm. 1, 2.

(2) Climacus, cap. 25 de humil.

nera de tonto; y visto esto, el Adelantado le despreció; de lo cual quedó él muy contento porque alcanzó lo que pretendia. Y de otros Santos leemos ejemplos semejantes: como de San Francisco, cuando se puso á amasar el barro con los pies por huir la honra y recibimiento que le querian hacer; y de Fr. Junipero, cuando se puso á columpiar con los muchachos por el mismo fin (1).

Miraban estos Santos que el mundo despreció al Hijo de Dios, que es sumo é infinito bien; y viendo que el mundo es tan mentiroso y falso, y que fué engañado en no conocer una tan clarísima luz, como era el Hijo de Dios, y en no honrar al que era verdaderísima honra, toman tanto odio y aborrecimiento con el mundo y su estimacion que reprueban aquello que el mundo aprueba, y aquello precian y aman que el mundo aborrece y desprecia; y así huyen con mucho cuidado de ser preciados y estimados de quien despreció á su Dios y Señor, y tienen por grande señal de ser amados de Cristo el ser despreciados del mundo con él y por él. Esta es la causa por qué gustaban tanto los Santos de los oprobios, afrentas y deshonras del mundo, y hacian tantos ensayos para alcanzar este desprecio. Verdad es, dice San Juan Climaco, que muchas cosas de estas fueron hechas por particular instinto del Espíritu Santo, y así mas son para admirarnos de ellas que para imitarlas; empero, aunque no lleguemos á hacer con efecto aquellas locuras santas que hacian los Santos, habemos de procurar imitarlos en el amor y deseo grande que tenian de ser despreciados y tenidos en poco.

San Diadoco pasa adelante, y dice que hay dos maneras de humildad (2): La pri-

(1) 1 p. lib. 1, c. 73 de la Crónica de San Francisco.

(2) Una mediocorum, altera perfectorum. Diadoco lib. de perfect. spirit. o. 82.

mera, es de los medianos que van aprovechando, pero están todavía en pelea, y son combatidos de pensamientos de soberbia y de malos movimientos, aunque procuran con la gracia del Señor resistirlos y desecharlos humillándose y confundiéndose; otra humildad hay de perfectos, y es cuando el Señor comunica á uno tanta luz y conocimiento de sí mismo que le parece que ya no se puede ensoberbecer ni parece que le pueden venir movimientos de soberbia y elacion: entonces tiene el ánima una humildad como natural (1); que aunque obra grandes cosas, no se levanta nada por eso, ni se tiene en mas, sino antes se tiene por menor de todos. Y entre estas dos maneras de humildad hay, dice, esta diferencia, que la primera comunmente está con dolor y con alguna tristeza y pena, al fin como en gente que no ha alcanzado perfecta victoria de sí mismos, sino que todavía siente en sí alguna contradiccion; que esa es la que causa la pena y tristeza, cuando se ofrece la ocasion de la humillacion y desestima, y lo que hace que, aunque la lleve con paciencia, no la lleve con alegría, porque todavía hay allá dentro quien haga alguna resistencia por no estar acabadas de vencer las pasiones. Pero la segunda humildad no está con pena ni dolor alguno, antes con mucha alegría se está uno en aquella confusion y vergüenza delante del Señor, y en aquella desestima y desprecio de sí mismo, como quien no tiene ya quietud le haga resistencia, por haber vencido y sujetado las pasiones y vicios contrarios, y alcanzado perfecta victoria de sí mismo. Y de ahí es tambien, dice el Santo, que los que tienen la primera humildad, se turban y mudan con las adversidades y prosperidades y diversos sucesos de esta vida;

(1) Tunc anima volui naturalem habet humilitatem. Be.

pero los que tienen la segunda humildad, ni las cosas adversas les turban, ni las prósperas les desvanecen, ni engriegen, ni causan en ellos vano contentamiento, sino siempre permanecen en un ser y gozan de grande paz y tranquilidad, como gente que ha alcanzado la perfección y es superior á todos esos sucesos. Al que desea ser tenido en poco, y se huelga con eso, no hay cosa que le inquiete, ni le dé pena: porque si lo que le podía dar alguna, que es ser olvidado y desestimado, eso desea él y ese es su gusto y contento; ¿qué le podrá inquietar, ni dar pena? Si en aquello en que los hombres parece que le podían hacer guerra siente él mucha paz, nadie le podrá quitar su paz. Y así, dice el Crisóstomo, que este tal ha hallado paraíso y bienaventuranza en la tierra. «¿Qué cosa puede haber, dice, mas dichosa que el alma que así se halla? La que es tal, siempre está sentada en el puerto, libre de toda tempestad, y se deleita con la tranquilidad de los pensamientos (1).»

Pues á esta perfección de humildad habemos de procurar llegar. Y no se nos haga esto imposible, porque con la gracia de Dios, dice San Agustín (2), no solamente á los Santos, sino al Señor de los Santos podemos imitar, si queremos; porque el mismo Señor dice que aprendamos de él: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (3).» Y el Apóstol San Pedro dice que nos dió ejemplo para que le imitemos (4). San Gerónimo sobre aque-

(1) Anima autem, quae sic se habet, quid potest esse beatus? quicumque talis est, is in portu continuo sedet, ab omni tempestate liber, et oblectatur in serenitate cogitationum. *Chrysost. hom. 9 sup. Genesim.*

(2) *August. serm. 47 de Sanctis.*

(3) Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde. *Math. II, 29.*

(4) Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia eius. *I. Petri II, 21.*

llas palabras de Cristo: «Si quereis ser perfecto (1),» dice que de estas palabras se colige manifestamente que está en nuestra mano ser perfectos, pues Cristo dice: «si quereis.» Porque si dijéredes; «no tengo fuerzas,» bien sabe Dios nuestra flaqueza (2), y con todo eso dice que podreis, si quereis, porque él está á punto para ayudarnos, si nosotros queremos, y con su ayuda todo lo podremos hacer. Vió Jacob una escala, dice el Santo, que llegaba desde la tierra al cielo y que subían por ella ángeles y bajaban, y al fin de la escala en lo alto de ella estaba sentado el Poderoso Dios, para dar la mano á los que subían, y para animarlos al trabajo de la subida con su presencia. Pues procurad vos subir por esta escala y por estos grados que habemos dicho, que él os dará la mano para que llegueis hasta el último escalon. Al caminante, que vé de lejos algun puerto muy alto, parecele imposible la subida; mas cuando llega cerca, y vé camino hollado, hácesele muy fácil.

CAPITULO XVIII.

De algunos medios para alcanzar este segundo grado de humildad, y particularmente del ejemplo de Cristo nuestro Señor.

Dos maneras de medios se suelen dar comunmente para alcanzar las virtudes morales: el uno es de razones y consideraciones que nos conyenzan y animen á ello; el otro de ejercicio y uso de los actos de aquella virtud, con los cuales se alcanzan los hábitos. Comenzando del primer género de medios, una de las mas principales y eficaces consideraciones de que nos podemos ayudar para ser muy humildes, ó la mas

(1) Si vis perfectus esse. *Math. XIX, 21.*

(2) Quia si dixeris: «vires non suppetunt;» qui inspector est cordis ipse intelligit. *Prov. XXIV, 12.*

principal y eficaz de todas, es el ejemplo del Cristo nuestro Redentor y Maestro; de lo cual, aunque habemos dicho algo, siempre hay que decir. Toda la vida de Cristo fué un perfectísimo dechado de humildad, desde que nació hasta que espiró en la Cruz. Pero el bienaventurado San Agustín (1) pondera particularmente para esto el ejemplo que nos dió lavando los pies á sus discípulos el Jueves de la Cena, ya cercano á su Pasion y Muerte. No se contentó Cristo nuestro Redentor, dice San Agustín, con los ejemplos de toda su vida pasada, ni con los que luego habia de dar en su Pasion, que tan cercana estaba, donde habia de parecer, como dice Isaías (2), el postrero de los hombres; y como dice el Real Profeta David (3), «oprobio de los hombres y desecho del mundo;» sino «sabiendo Jesus que era ya llegada la hora en que se habia de partir de este mundo á su Padre, como tuviese grande amor á los suyos, quisósele mostrar al fin de su vida, y acabada la Cena, levantase de la mesa y quitase sus vestiduras, ciñese una tohalla, echa agua en una vacia y póstrase á los pies de sus discípulos y á los de Judas, y comienza á lavárselos con aquellas manos divinas, y á limpiárselos con la tohalla con que estaba ceñido (4).» ¡Oh misterio grande! ¿qué es esto, Señor, qué haceis? Dice el Apóstol San Pedro: «¿Vos, Señor, me lavais á mi los pies (5)?» No entendian los discípulos lo que hacia. Responde el Señor: «Ahora no entiendes lo que hago, empero despues lo entenderás; yo os lo declararé (6).» Tórnase á sentar á la mesa, y declárale el misterio muy de

(1) *August. lib. de sancta virginitate.*

(2) *Isai. LIII, 3.*

(3) *Ps. XXI, 7.*

(4) Sciens Jesus, quia venit hora ejus, ut transiret ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. *Joann. XIII, 1.*

(5) Domine, tu mihi lavas pedes? *Ib. v. 6.*

(6) Quod ego facio tu nescis modo, scies autem postea. *Ib. v. 7.*

propósito: «Vosotros, dice (1), me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy; pues si yo, siendo vuestro Maestro y Señor, me he humillado y os he lavado los pies, ¿vosotros habeis de hacer lo mismo unos con otros. Héos dado ejemplo para que aprendais de mí y hagais como yo. Ese es el misterio, que aprendais á humillaros, como yo me he humillado. Es tan grande por una parte la importancia de esta virtud de la humildad, y por otra la dificultad que hay en ella, que no se contenta con tantos ejemplos como nos habia dado y tenia tan á la mano para darnos, sino como quien conocia bien nuestra flaqueza, y tan bien habia tomado el pulso á nuestro corazón; y tenia bien entendida la malicia del humor de que pecaba nuestra dolencia, cargó tanto la mano en esta parte, y pónenos esta entre las postreras mandas de su Testamento por su última voluntad, para que quedase mas impresa en nuestros corazones.

Sobre aquellas palabras de Cristo: «aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón,» esclama San Agustín: «¡Oh, doctrina saludable! ¡Oh Maestro y Señor de los hombres, á los cuales, por la soberbia, les entró la muerte! ¿Qué les, Señor, lo que quereis que vamos á aprender de vos? Que soy manso y humilde de corazón. Esto es lo que habeis de aprender de mí (2). ¿En eso se han resumido todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre, escondidos en vos, que por gran cosa digais que vamos á aprender de vos que sois manso y humilde de corazón? ¿Tan grande cosa es hacerse uno pequeño, que si vos, que sois

(1) Vos vocatis me Magister, et Domine: et benedicitis, sum etenim: si ergo ego lavi pedes vestros, Dominus et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes. Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis. *Ib. vv. 13, 14, 15.*

(2) *Math. I, 20.*

tan grande, no os hiciéades pequeño, no hubiera quien lo pudiera aprender (1)? Si, dice San Agustín, tan grande cosa es y tan dificultosa humillarse y hacerse pequeño, que si el mismo Dios no se hubiera humillado y hecho pequeño, no acabaran los hombres de humillarse; porque no hay cosa que tengan tan metida en las entrañas y tan entrañada en el corazón, como este apetito de ser honrados y estimados; y así, todo eso fué menester para que seamos humildes. Tal medicina como esta requeria la enfermedad de nuestra soberbia; á tal llaga, tal cura. Y si esta medicina de haberse Dios hecho hombre, y humilládose tanto por nosotros, no cura nuestra soberbia, no sé, dice San Agustín (2), con qué se podrá curar. Si ver al Señor de la Magestad tan abatido y humillado no basta para que nosotros nos avergoncemos de desear ser honrados y estimados, y nos tome gana de ser despreciados y abatidos con él y por él, no sé qué ha de bastar. Y así Guerrico Abad, admirado y convencido con tan grande ejemplo de humildad, esclama y dice lo que es razón que nosotros digamos y saquemos de aquí: «Vencido habeis, Señor, vencido habeis mi soberbia; atado me habeis de pies y manos con vuestro ejemplo; yo me rindo y entrego por esclavo vuestro para siempre (3).»

Es tambien maravilloso pensamiento á este propósito, aquel del glorioso Bernar-

(1) O Doctrinam salutarem! O Magistrum, Dominumque mortalium, quibus mors poculo superbiae propinata, atque transfusa est! quid ut discamus a te, venimus ad te? Hucine redacti sunt omnes thesauri sapientiae, et scientiae absconditi in te; ut pro magno discamus a te, quoniam mitis es, et humilis corde? Itane magnus est esse parvum; ut nisi a te, qui tam magnus es, fieret, disci omnino non posset? Aug. lib. de sancta virginit. cap. 34.

(2) Haec medicina, si superbiam non curat, quid eam curet nescio. August. Dominica 2. Quadragesimae. serm. 1.

(3) Vicisti, Domine, vicisti superbiam meam; ecce do manus in vincula tua, accipe servum sempiternum. Guerr. abbas.

do. Vió, dice (1), el Hijo de Dios que dos criaturas nobles, generosas y capaces de la bienaventuranza, que Dios habia criado, se perdian por querer ser semejantes á él; crió Dios los ángeles, y luego Lucifer quiso ser semejante á Dios (2), y llevó tras sí á otros: échalos Dios luego en el infierno, y de ángeles quedaron hechos demonios (3). Cria Dios al hombre, y luego el demonio le pega su lepra y su ponzoña. Engolosináronse de que les dijo que serian como Dios (4), y quebrantaron su mandamiento, y quedaron semejantes al demonio. Dijo el profeta Eliséo á su criado Giezzi, despues que tomó los dones de Naaman leproso: tomaste la hacienda de Naaman, pues la lepra de Naaman se te pegará á ti y á todos tus descendientes eternamente (5). Este fué el juicio de Dios contra el hombre, que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fué la culpa de su soberbia, tambien se le pegase la lepra de él, que fué la pena de ella. Pues veis aqui tambien al hombre perdido y comparado con el demonio, porque quiso ser semejante á Dios. ¿Qué será bueno que haga el Hijo de Dios viendo á su Eterno Padre celar y volver así por su honra? «Veo», dice (6), que por mi ocasion pierde mi Padre sus criaturas; los ángeles quisieron ser como yo, y se perdieron; el hombre tambien quiso ser como yo, y se perdió; todos tienen envidia de mí, y quieren ser como yo;

que hago, empero despues lo entienden.

(1) Bernard. serm. 4 de adventu.
(2) In coelum conscendam, super astra Dei exaltabo solium meum, sedeo in monte testamenti in lateribus Aquilonis, ascendam super altitudinem nubium, similis ero Altissimo. Isai. XIV, 13.

(3) Verumtamen ad infernum detraheris, ad profundum lacu. Ib.

(4) Eritis sicut Dii, scientes bonum, et malum. Genes. III, 5.

(5) IV. Reg. V, 27.

(6) Ecce, inquit, occasione mei creaturas suas Pater amittit.—Ecce venio, et talem eis exhibeo me ipsum, ut quisquis invidere voluerit, quisquis gestierit imitari, fiat ei aemulatio ista in bonum. Bernard. loc. sup. cit.

pues advertid: «Yo iré en tal forma, dice el Hijo de Dios, que de aqui adelante el que quisiere ser como yo, no se pierda, sino se gane.» Para esto bajó del cielo el Hijo de Dios y se hizo hombre. ¡Oh! bendita, ensalzada y glorificada sea tal bondad y misericordia, que condescendió Dios con el apetito tan grande que tenemos de ser semejantes á él, y ya no con mentira y falsedad, como el demonio dijo, sino con verdad; ya no con soberbia y malicia, sino con mucha humildad y santidad, podemos ser como Dios.

Sobre aquellas palabras: «Un parvulito nos ha nacido (1).», dice el mismo Santo: «Pues que Dios, siendo tan grande, se hizo por nosotros pequeño, procuremos nosotros humillarnos y hacernos pequeños, porque no sea sin fruto para nosotros el haberse Dios hecho niño y pequeño (2); porque si no os haceis como este niño, no entrareis en el reino de los cielos.»

CAPITULO XIX.

De algunas razones y consideraciones humanas, de que nos habemos de ayudar para ser humildes.

Desde el principio de este tratado habemos ido diciendo otras muchas razones y consideraciones que nos pueden ayudar y animar mucho á esta virtud de la humildad, diciendo que es raiz y fundamento de todas las virtudes, atajo para alcanzarlas, medio para conservarlas, y que si tenemos esta las tendremos todas, y otras cosas semejantes; pero porque no parezca que lo queremos llevar todo por la via del espi-

(1) Parvulus natus est nobis. Isai. IX, 6.
(2) Studeamus effici sicut iste parvulus, discamus ab eo quia mitis est, et humilis corde; ne magnus Deus, sine causa factus sit homo parvulus. Quia nisi efficiamini sicut parvulus iste, non intrabitis in regnum coelorum. Bernard. hom. 3 sup. Misus est.

ritu solamente, será bien que digamos algunas razones y consideraciones humanas, que son mas connaturales y proporcionadas á nuestra flaqueza; porque así, convencidos, no solamente por via de espíritu y de perfeccion, sino de la misma razon natural, nos animemos y aficionemos mas á despreciar la honra y estimacion del mundo y á seguir el camino de la humildad; que todo es menester para una cosa tan dificultosa como esta, y así es bien que nos ayudemos de todo. Pues sea lo primero, que nos pongamos á considerar y examinar muy de espacio y con atencion qué cosa sea esta opinion y estimacion de los hombres que tanta guerra nos hace y tanto nos dá en que entender; veamos el tomo y peso que tiene, para que así lo tengamos en lo que es y nos animemos á despreciarlo, y no andemos tan engañados como andamos. Dijo muy bien Séneca, que hay muchas cosas que las juzgamos por grandes, no porque tengan en sí grandeza, sino porque es tanta nuestra vileza y poquedad, que lo pequeño nos parece grande y lo poco mucho; y trae el ejemplo del peso que llevan las hormigas, que conforme á su cuerpo nos parece muy grande, siendo él en sí muy pequeño. Pues así es esto de la honra y estimacion de los hombres. Si no, pregunto yo: ¿sois mejor, porque los otros os tengan en algo, ó peor porque os tengan en menos? No, por cierto. Dice muy bien San Agustín: «Ni al malo le hace bueno ser alabado ni estimado, ni al bueno le hace malo el ser deshonorado y vituperado (1). Siente tu de Agustino lo que quisieres: lo que yo querria es que mi conciencia no me acusase delante de Dios (2).»

(1) Nec malam conscientiam sanat praeconium laudantis, nec bonam vulnerat convitiantis opprobrium. August. lib. 3 contra Epist. Petilianum donatistae.

(2) Senti tu de Augustino quidquid libet, sola

Eso es lo que hace al caso, lo demas es vanidad, pues ni quita ni pone. Esto es lo que dice aquel Santo (1): «¿Qué mejoría tiene el hombre por que otro le alabe? Cuan- to cada uno es en los ojos de Dios, tanto es y no mas, como dice el humilde San Fran- cisco,» ó por mejor decir, el Apóstol S. Pa- blo: «No es bueno el que se alaba á sí, sino aquel á quien alaba Dios (2).»

Trae San Agustin una buena compara- cion á este propósito: «La soberbia y esti- macion del mundo no es grandeza, sino viento é hinchazon; y asi como cuando una cosa está hinchada, parece grande y no lo es; asi los soberbios, que son tenidos y esti- mados de los hombres, parecen grandes, pero no lo son; porque no es grandeza aquella, sino hinchazon (3).» Hay unos convalecientes ó enfermizos que parece que están gordos y buenos, y no es aquella buena gordura, sino falsa; es enfermedad é hinchazon. Asi, dice San Agustin, es el aplauso y estima del mundo; puédeos hin- char, pero no os puede hacer grande. Pues si es asi, como lo es, que la opinion y es- tima de los hombres no es grandeza, sino hinchazon y enfermedad, ¿para qué anda- mos como camaleones abiertas las bocas, papando viento, para con eso quedar hin- chados y enfermos? Mejor le es á uno estar sano, aunque parezca enfermo, que estar enfermo y parecer sano. Asi tambien me- jor es ser bueno, aunque sea tenido por ruin, que ser ruin y ser tenido por bueno. Porque ¿qué os aprovechará ser tenido por virtuoso y espiritual, si no lo sois? Sobre aquellas palabras: «Alábenle en las puer-

me in oculis Dei conscientia non acuset. *August. lib. unico contra Secund. Manich. cap. 1.*

- (1) Thomas de Kempis.
- (2) Non enim qui se ipsum commendat, ille pro- batus est, sed quem Deus commendat. *II. ad Cor. X, 18.*
- (3) Est enim superbia, non magnitudo, sed tu- mor; quod autem tumet, videtur magnum, sed non est sanum. *Aug. serm. 10 de Tempore.*

tas sus obras (1),» dice San Gerónimo: «No los vanos loores de los hombres, sino vuestras buenas obras, os han de alabar y valer, cuando parezcáis en juicio delante de Dios.»

Cuenta San Gregorio (2) que en un monasterio de Iconia habia un monge, del cual tenian todos mucha opinion de Santo, especialmente de muy abstinente y penitente; llegándose la hora de su muerte, llamó á todos los monges: ellos fueron muy alegres, pensando oír de él alguna cosa de edificacion, pero él temblando y muy an- gustiado, fué compelido interiormente á decirles su estado; y asi les declaró cómo estaba condenado por haber sido toda su vida hipocresía; porque, cuando ellos pen- saban que ayunaba y hacia mucha absti- nencia, comia secretamente sin que nadie lo viese; y por eso, dice, soy ahora entre- gado á un terrible dragon, el cual con su cola me tiene trabados y atados mis pies, y ya entra su cabeza en mi boca para sa- car y llevar mi ánima consigo para siem- pre. Y diciendo esto espiró con grande es- panto de todos. ¿Qué le aprovechó á este miserable el haber sido tenido por Santo?

San Atanasio (3) compara á los soberbios que buscan honras á los niños que andan cazando mariposas. Otros los comparan á las arañas, que se desentrañan tegiendo sus te- las para cazar moscas, conforme á aquello de Isaías: «Tejieron telas de arañas (4);» asi el soberbio se desentraña y echa los higa- dos, como dicen, para alcanzar un poco de loor humano. Del P. San Francisco Javier leemos en su Vida (5) que tenia y mostraba siempre particular ódio y aborrecimiento á

- (1) Et laudent eum in portis opera ejus. *Prov. XXXI, 31.*
- (2) Greg. lib. 4 *Dialog. cap. 38.*
- (3) Athanas. *lib. de Similit. c. 27.*
- (4) Telas araneae texuerunt. *Isai. c. LIX, 5.*
- (5) Lib. 6, c. 8 de la *Vida del P. San Francisco Javier.*

esta opinion y estima del mundo; porque decia que era causa de grandes males, é impedia muchos bienes. Y asi le oian decir algunas veces con grande afecto y gemi- dos: «¡Oh opinion! ¡Oh opinion y estima de los hombres, cuántos males has hecho, haces y harás!»



CAPITULO XX.

De otras razones humanas que nos ayudarán para ser humildes.

San Crisóstomo, sobre aquellas pala- bras de San Pablo: «No saber mas que lo que importa saber; mas saber con sobriedad (1);» va probando muy de propó- sito (2), que el soberbio y arrogante, no solo es malo y pecador, sino loco. Y trae para esto aquello de Isaías: «El loco dirá locuras (3),» y por las locuras que dice, entenderéis que es loco. Pues mirad las locuras que dice el soberbio y arrogante, y vereis como es loco. ¿Qué es lo que dijo el primer soberbio, que fué Lucifer? «Su- biré al cielo, y pondré y ensaltaré mi asiento sobre las nubes, y allá encima de las estrellas y seré semejante al Altísi- mo (4).» ¿Qué cosa mas loca y desatinada? Y en el capítulo décimo pone unas pala- bras muy arrogantes y locas de Asur, rey de los Asirios, con que se gloriaba que con su mano poderosa habia vencido y su- jetado á todos los reyes de la tierra. «Co- mo quien toma de un nido los pajaricos pequeños, que crian las aves, y como quien va á coger los huevos que han deja- do, asi, dice, tomé yo toda la tierra con

- (1) Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem. *Ad Rom. XII, 3.*
- (2) Chrisost. *hom. 20, sup. Epist. ad Rom.*
- (3) Stultus enim fatualoquetur. *Isaiae XXXII, 6.*
- (4) In coelum conscendam, super astra Dei exalta- bo solium meum, sedebo in monte testamenti, in la- teribus Aquilonis, ascendam super altitudinem nu- bium, similis ero Altissimo. *Isaiae XIV, 13.*

esa misma facilidad, que no hubo quien se meñease, ni osase abrir la boca ni chistar (1).» ¿Qué mayor locura? dice San Crisóstomo. Y trae allí otras muchas pa- labras de soberbios, en las cuales mues- tran bien su locura; de tal manera, que si oís sus palabras, no podreis conocer si son palabras de hombre soberbio ó de alguno que está verdaderamente loco, segun son de locas y desatinadas. Y asi vemos acá que, como los locos nos mueven á risa con las locuras que dicen y hacen, asi tambien los soberbios dan materia de risa y con- versacion con las palabras que dicen arro- gantes y que redundan en su loor, y con los meneos y autoridad con que andan, y con el caso que quieren se haga de ellos y de sus cosas, y con la estima en que ellos las tienen. Y añade San Crisóstomo (2) que es peor locura la del soberbio y digna de mayor vituperio é ignominia que la natu- ral, porque esta no trae consigo culpa ni pecado alguno, y aquella sí. De donde se sigue otra diferencia entre estas dos locu- ras, que los locos naturales causan compa- sion y mueven á que todos se duelan y compadezcan de su trabajo; pero la locura de los soberbios no mueve á compasion, ni á misericordia, sino á risa y escarnio.

De manera, que los soberbios son locos, y asi tratamos con ellos como con tales. Porque asi como condescendeis con lo que dice el loco, para tener paz con él, aunque ello no sea asi, ni vos lo sintais asi, y no lo quereis contradecir porque está loco; de esa manera hacemos con los soberbios. Y reina tanto el dia de hoy este humor y lo- cura en el mundo, que apenas se puede ya

- (1) Et invenit quasi nidum manus mea fortitu- dinem populorum; et sicut colliguntur ova, quae derelicta sunt, sic universam terram ego congrega- vi, et non fuit, qui moveret pennam, et aperiret os, et ganniret. *Isaiae X, 14.*
- (2) Chrysost. *hom. 39 ad populum Antiochenum, tom. 8.*